

EL ARCHIVO NACIONAL

Por Julio Le Riverend Brusone.

N. de la R.—Este trabajo obtuvo el primer premio del concurso-homenaje al Archivo Nacional, organizado por la Sociedad Colombista Panamericana.

Al Capitán Joaquín Llaverías, jefe del Archivo Nacional.

Una de las contadas instituciones centenarias de Cuba es el Archivo Nacional. Que ello se ignore no tiene trascendencia; es sólo una escasez de información; pero, que se desconozca totalmente lo que encierra, lo que se ha hecho en sus fondos y lo que se podría realizar, constituye, sin duda, una grave falta.

I.—ASPECTOS DE LA CUESTION

¿Qué objeto, qué valor tiene un Archivo? He aquí una pregunta que no todos contestan de igual manera. Desde luego no podría interesarnos la compasiva chunga alrededor de las «pollitas» y sus compañeros, los eruditos e investigadores de todo género; quede para los aspirantes a vivir bajo el signo de un presente inútil, pues saben cuánto sacrificio requiere, y cuán es peligrosamente ejemplar, volverse a lo más noble de un pasado.

Algunos consideran el Archivo como institución aledaña de la cultura, algo soslayada, ya que abarca elementos ajenos a ésta y de sus fondos puede eliminarse no poco papel sin valor histórico.

Pero —intentemos situar el problema— cualquiera que fuere tal consideración no deben olvidarse las circunstancias que operan, en cada lugar, sobre un archivo. Un supuesto de cultura afinadísima limita, es evidente, la categoría de un archivo; si todo, o casi todo, se ha hecho en punto a conocer y analizar su riqueza documental, pierde una buena parte de su significado. El caso de nuestro Archivo es otro, diferente, sin lugar a reparos; veamos el por qué.

Aceptemos, en primer término, que un Archivo es siempre el foco originario de la bibliografía histórica, aunque ésta no se fundamenta sólo en el documento escrito. Nuestra bibliografía parece rica, nada despreciable, en particular con respecto a algunas cuestiones del si-

glo XIX, pero falta que se la sustente, de modo firme, en los testimonios documentales escritos; no son suficientes el testimonio oral (1) ni la bibliografía coetánea (2). Por esta razón, nuestro Archivo adquiere un interés de primer orden. Descartemos desde ahora —si bien presentan una relación estrecha con el problema general esbozado— dos facetas: la existencia de aspectos históricos olvidados o sofisticados y el valor educativo nacional de la Historia verdadera, extraña a la Mitología y a la deshumanización del pasado.

Además, un Archivo puede referirse a valores inmediatos, no sólo en atención a las cuestiones pervivientes —cuya solución exige conocer el origen y las transformaciones característicos— sino también en lo que atañe a problemas estrictamente actuales. Nadie ignora que la titulación de las tierras, sobre todo las del Estado (3), sufre en nuestro país un atraso desolador; el Archivo Nacional, con sus diversos fondos (Realengos, Administración general terrestre, Indices de Protocolos) y la colección inmejorable de planos que posee, gana sin discusión, en tal sentido, un lugar prominente como institución de utilidad social.

Finalmente, es preciso convenir en que la mayoría de los fondos del Archivo Nacional son aprovechables, tienen valor permanente. No se me oculta que una afirmación de este calibre entronca con las fases generales de la Historia como ciencia, con las dos interrogaciones polémicas: ¿qué es la Historia? ¿cómo es la Historia? Aunque alejemos la discusión —huelga justificarlo— puede aceptarse que la Historia sea un ensayo de reproducción mental de lo anterior, casi un teatro especial, que permita ahondar en la diaria actividad de los hombres tal como nosotros pudiéramos hacerlo en lo actual, en lo cercano, descubriendo el mecanismo y la conexión de los hechos. Esto daría un sentido real, viviente, humano, al pasado, poniendo en evidencia sus alternativas; si el presente actual, como el agotado, tiene por límites sus propios ingredientes, la Historia, así entrevistada, nos ha de enseñar la técnica superior de esa limitación y no precisamente la forma concreta de resolver tal o cual situación como



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

pretenderían los teóricos de la antañona «maestra de la vida». Un planteamiento tal atribuye valor histórico a los más humildes hechos. Todo lo que constituya un fragmento del pasado —más pequeño en el tiempo, tanto mejor para sustentar una síntesis eficaz— posee interés científico palpitante. Nuestro pasado exige aún su exhaustiva reconstrucción; el Archivo Nacional contiene los elementos para un minucioso estudio, y por ello adecuado, de nuestra historia.

He aquí tres razones bastantes para que el interés de nuestro Archivo sobrepase los aspectos particulares de la historia nacional, llegue a los linderos generales de la ciencia y se adentre en las preocupaciones cotidianas del régimen republicano.

2.—VISITA A LA HISTORIA DE CUBA

Es en extremo difícil referir las riquezas que contiene el Archivo Nacional sin pecar de informador escueto. Pero, ya que sus papeles abarcan toda la materia de nuestra Historia, visitémoslo de pasada, como eludiendo la acogedora intimidad de sus colecciones.

El siglo XVIII es una encrucijada de la Historia de Cuba. La propiedad territorial, organizada hasta entonces sobre los latifundios ganaderos, comienza a parcelarse, extendiendo el área de cultivo; los fondos de Realengos (98 legajos) y parte de los que constituyen las colecciones de la Administración general terrestre (534 legs.) e Índices de Protocolos (284 legs.) nos dirán cómo se produce la atomización de la tierra, desgraciadamente interrumpida por el latifundio azucarero. El comercio libre y con países neutrales, sus alternativas; la zozobra, porque abunda el azúcar o falta la harina; el desasosiego, porque se esfuma la moneda de plata; la agricultura y su indeclinable secuela, la esclavitud; la máquina moderna que trata de ensayarse; los proyectos de reforma técnica; el malestar de los refaccionarios; los regimientos esclavistas, la previsión de sublevaciones, las contratas de los negreros; todos esos primeros e indefinidos atisbos de la nacionalidad nos parecen vividos a través de los expedientes de la Intendencia de Hacienda (1123 legs.) algunos papeles de la Junta de Fomento y del Gobierno Superior Civil (1671 legs.)

Y la Correspondencia General (462 legts.) y la Colección del Tribunal de Cuentas completarán no pocas noticias. Cuánta sorpresa en las búsquedas!... Si queremos datos acerca del comercio libre, encontraremos valiosos cuadros estadísticos sobre el movimiento del puerto de la Habana: los navíos que llegaron, qué trajeron, y al mando de quién venían; los navíos que salieron llevando azúcar, a donde iban. En pos de la historia del tabaco hallamos noticias de la inundación y cambio de curso del río «Almendares». Vayamos a conocer la organización de las sociedades obreras mutualistas y se nos aparecerá con dura viveza la política estimuladora de conflictos raciales.

Las primeras relaciones de Cuba con los Estados Unidos, a través de la Florida, se encuentran en la colección Florida (20 legts.); vemos allí la correspondencia de W. Pantón o de Gálvez que nos dice cómo ~~va surgiendo el espíritu~~ predatorio de los buenos y peligrosos vecinos

Sigamos el recorrido. En el siglo XIX se forma la tradición cubana. La política de los capitanes generales terroristas, el destierro amenazador, la pesquisa brutal, los sobresaltos sin paréntesis que modelan la conciencia y el empuje libertadores, emergen de los expedientes crueles de la comisión militar ejecutiva y permanente (133 legs.) y de la espectacular y tramposa expropiación de los cubanos que nos recuerda la colección de bienes embargados a infidentes (222 legs.)

La conspiración abortada o el gesto inocente que denuncian un sentido distinto e inconforme, están en los papeles de asuntos políticos.

La esclavitud, sus conexiones con lo social-político, los intentos británicos de suspenderla trata, el incidente de Turnbull; el origen de los asalariados, sus condiciones de vida en estos primeros tiempos; los proyectos de colonización no-africana, a fin de equipar la economía con mano de obra más conveniente; los trámites más insignificantes que se corrieron para darnos un ferrocarril antes de que lo hubiera en la Metrópolis, la aplicación constante de una ley de vagos que recuerda los años de Enrique VIII e Isabel de Inglaterra; la vida del Liceo de La Habana, la inopia de las escuelas; la censura de la prensa y los informes del energúmeno Oañeta; todo ello lo reportan con fidelidad las colecciones del Gobierno Superior Civil, ya citada, y del Gobierno General, como se denominó aquél desde 1874.



3

Nada supera, sin embargo, el interés de la última revolución. En nuestro archivo podemos seguir día a día, la obra de Martí, el camino de sacrificios de los emigrados y combatientes, que vencieron a Martínez Campos y burlaron a Weyler; consultemos, entonces, las colecciones de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano (150 cajas, 95 legajos), de la Revolución de 1895 (19 leg.) y del Archivo del general Carlos Roloff (14 leg.)

Esa es la Historia de Cuba como fué y se halla en nuestro Archivo. Sólo faltan algunos fondos, que los gobernantes españoles fueron llevándose, y diversas colecciones que determinados particulares han vendido a instituciones extranjeras— como negociantes vulgares— o, lo que constituye un atentado más vituperable aún, han guardado, aprovechando todos el descuido insolente de los Poderes Públicos.

3.—LA NEGACION DE HOY Y EL PROGRAMA FUTURO

Reparemos en las condiciones ma-

teriales del Archivo Nacional. Mientras el rico pasado acrece, el presente se niega a conservarlo. No hablemos aquí—por fortuna ha sido ya públicamente manifestado— de los que luchan durante varios años por mejorarlo; la ejemplar actividad de esos funcionarios y empleados, olvidados y sin medios eficaces, ha dado su fruto: se les debe la organización actual. Corresponde a otros aportar su indispensable contribución a la tarea. Y, para premiar a aquellos, hay una noble vía; satisfacer las necesidades primeras del Archivo.

Hasta hoy, ni la iniciativa de los gobernantes—que es deber— ni el desinterés de los filántropos, dados a beneficiar otros países mientras rezuman desprecio por éste que alimenta sus fortunas, han acudido en socorro del Archivo Nacional. Sin embargo, el campesino que llama "garabato" a la palanca de un máuser, ha sabido, sí, intuir las razones que pasan a favor del Archivo y en el cuartel de la calle de Compostela—dijo cierta vez el capitán Joaquín Llaverías— cada soldado vigila con devoción nuestro tesoro.

Ahora bien, los peligros que rodean al Archivo Nacional, no pueden conjurarse sólo por el esfuerzo de unos cuantos cubanos; es preciso un plan total de acondicionamiento. Mientras el Archivo se en-

cuentre en un viejo caserón de madera, con techos de teja y salones inapropiados, estará sujeto a múltiples contingencias. Papel sobre madera!... El detalle basta a representarnos la incuria de los llamados a proteger el Archivo Nacional... Y, más abajo... gasolina!...

Penetremos en los almacenes y conoceremos la estrechez del espacio, la estantería deficiente, también de madera, complementos obligados de un edificio como aquel y del ridículo presupuesto asignado.

El Archivo necesita, ante todo, un local adecuado, con almacenes capaces, estanterías de acero, salas de lectura amplias, mesas de trabajo individuales y algún salón de exposiciones que pueda utilizarse para conferencias y cursos documentales.

Cubierta esa radical necesidad, será preciso obtener un presupuesto bastante. Hoy la cantidad destinada a gastos del Archivo es exigua a todas luces; sólo puede publicarse un "Boletín" anual, casi no hay material de oficina; los empleados tras soportar rebajas de todo género en sus emolumentos, apenas cuentan con una digna retribución.

Y, si llevamos un poco más el examen, acercándonos a los expedientes para conocer cómo se les ha podido conservar, aparecerá sangrante la realidad de esta pobreza: gran número de documentos tienen que archivararse atados, o simplemente cosidos, porque faltan los fondos para construir cajas o para encuadernarlos. ¡Qué lejos estamos, pues, de realizar una edición metódica de colecciones documentales (4) o de catálogos.

4.—UN PROBLEMA MAS HONDO

Logrado esto, quedaría en pie un problema más hondo y doloroso: ¿cómo orientar a la juventud hacia nuestro Archivo? ¿Bastará para ello su riqueza, su noble carga?

No todos los cubanos saben del sufrimiento diario de los que penetran en el Archivo con el afán de dar un poco de claridad humana a la Historia de este país. Generalmente, las exigencias de la vida les obligan a desviarse, porque no todos los hombres se disponen a enfrentar la desgracia o el silencio único premio para las útiles labores. Examine cada uno las posibilidades normales que se le ofrecen a los investigadores; sólo encontrará obstáculos, y éstos no proceden, digámoslo muy alto, de la organización del Archivo.



4

Ante tal perspectiva el joven resuelve ganar, primeramente, la vida, mientras la investigación queda como un deporte de salón, o bien, consigue una posición excepcional y por ello repudiable, en el presupuesto del Estado que le asegure el tiempo y las energías empeñados en la obra histórica. No hablemos aquí de la vulgar "botella", conclusión típica y envidiosa de los anhelos más respetables de una parte de nuestra juventud. ¿Son éstas, acaso, las soluciones propias de una cultura que pretende ocupar los puestos avanzados del Continente?

Aunque los medios suficientes para eludir tales deshonrosas disyuntivas no pueden ser objeto de un trabajo como éste, he creído inaplazable apuntar, sin miedo ni ceguera, los caracteres salientes de esta situación. En todo caso, no será preciso idear soluciones extraordinarias, ni medidas nuevas para ponerle cumplido fin.

6.—A MANERA DE MORALEJA

Nosotros podríamos reflexionar, ahora que volvemos del Archivo, acerca de ese pasado que lo nutre y del presente que lo desconoce.

Se habla del futuro. No son pocos los que vislumbran a Cuba digna y humana plenamente. Pero se olvida que todo presente, capaz de ineligerse y avanzar, exalta, sin bruscas incomprendiones, el pasado.

Hagamos del Archivo Nacional una verdadera institución cubana; saquémosle de su pobre condición. Es ésta, una vía, y no deleznable, para salirle al paso a ese futuro esperado y bueno.

Habana, 1940.

NOTAS:

- (1).—Vidal Morales lo invoca en varios lugares de sus "Iniciadores y primeros mártires".
- (2).—No distinguimos aquí, entre los periódicos, revistas, folletos, libros, muy útiles, para la historia de los periodos críticos y la biografía de los "fundadores".
- (3).—Ver, por ejemplo, Rogelio de Armas, "Las tierras del Estado en Cuba", en "La reforma social", 1914, pags. 321 y sigs.
- (4).—Mencionemos, al paso, las colecciones publicadas por el "Instituto de Investigaciones Históricas" de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

JUNIO 16 de 1940

M. Givier 16/40



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA